

CORRESPONDENCIA EPISCOPAL

CUARESMA

Queridos hermanos:

Un saludo cordial para todos. Es la primera vez que me dirijo a ustedes por este medio de comunicación diocesano, que nos permitirá caminar juntos en la fe al ritmo del año litúrgico y de los acontecimientos de la vida ordinaria en la Iglesia y en la sociedad.

Mis primeras palabras quieren ser de agradecimiento por el caluroso recibimiento que me ha dispensado desde el momento en que se hizo público mi nombramiento y que se manifestó especialmente en la celebración de la ordenación el día de 19 de febrero en Coria y la eucaristía del día siguiente en la concatedral de Cáceres. Sé que no es a mí, sino al Señor a quien quieren recibir. En su nombre me presento con el saludo de la paz y el mensaje de la reconciliación.

Mi deseo es sumarme a esta Iglesia viva que camina en Coria-Cáceres. El proceso sinodal convocado por el Papa Francisco, sin duda, será de gran ayuda en estos primeros pasos para conocer de primera mano la realidad y encontrar mi lugar en medio de ustedes. La sinodalidad no es simplemente una nota o propiedad de la Iglesia, sino que expresa su naturaleza, su definición, su forma, su estilo: la Iglesia es camino, camino de salvación, y caminar juntos quiere decir contar con todos, no dejar a nadie atrás, al borde del camino, excluido, descartado.

Comenzamos nuestra andadura juntos a las puertas de la cuaresma: el próximo día 2 de marzo es miércoles de ceniza. La palabra “cuaresma” está relacionada con el número “cuarenta”, e indica los días que aproximadamente faltan para la Pascua de resurrección.

“Cuarenta” es un número bíblico, cargado de simbolismo. Lo podemos encontrar en más de cien pasajes de la Escritura y casi nunca con un significado meramente cuantitativo. 40 años indica toda una vida, el paso de una generación a otra, la renovación de la humanidad. 40 días es el tiempo necesario para hacer algo importante en la vida, para reconducirla, para que cambie una situación adversa, para que acabe una enfermedad y se recobre la salud. Después del bautismo, Jesús pasó 40 días en ayuno y oración, tentado por el diablo, antes de iniciar su vida pública (Mt 4,2) y, después de la resurrección, se apareció también durante 40 días a sus discípulos (Hch 1,3) antes de volver al Padre.

Los cuarenta días cuaresmales son una parábola de toda nuestra vida como un camino de conversión hasta que lleguemos al cielo. Por eso, la Cuaresma se abre con estas palabras al imponernos la ceniza: “Acuérdate de que eres polvo eres y en polvo te has de convertir”, y “conviértete y cree en el evangelio” porque está cerca el Reino de Dios.

Sin el anuncio gozoso de la resurrección futura, sin la certeza de que nos espera la vida después de la muerte, la cuaresma con sus penitencias y sacrificios no pasaría de ser una estéril mortificación. Seríamos de esos cristianos con cara de funeral, “cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua”, como dice el Papa Francisco. Pero con la pascua en el horizonte, este tiempo es una nueva oportunidad que el Señor nos da para poner en orden nuestra vida, un tiempo de poda, como la que se hace en esta época del año con los olivos o las viñas, cortando ramas y sarmientos viejos para que brote la vida nueva en la próxima primavera, con abundancia de flores y de frutos.

“Cuaresma” también nos habla de “cuarentena”, de confinamiento. En este tiempo marcado por la pandemia, estamos muy habituados a estas palabras. Que este año la cuaresma nos ayude a descubrir la importancia de la cultura del cuidado frente a la cultura de la indiferencia. El coronavirus no es una enfermedad individual sino colectiva; es todo el género humano el que lo ha contraído y, mientras no se cure todo el cuerpo, hay riesgo

de recaídas. Somos responsables los unos de otros. Otras enfermedades de la humanidad tratamos de localizarlas en un lugar concreto poniendo fronteras para que no se diseminen: la pobreza, la guerra, la incultura, el hambre, el subdesarrollo, la corrupción... Pero también en estos casos, cuando un miembro está enfermo, todo el cuerpo sufre (cf. 1 Cor 12, 16).

Deseo a todos una santa Cuaresma. Con mi bendición,

+ Jesús Pulido Arriero, obispo de Coria-Cáceres